



Comunidad Salesiana de
"EL ENCINAR"
, 19227- Mohernando
(Guadalajara)

Queridos Hermanos :

Con dolor y sorpresa y con la Esperanza que nos da la Fe en Jesucristo recitado, hemos vivido en la madrugada del día 8 de noviembre de 1999 el fallecimiento, a los 93 años de edad de nuestro hermano

DON JUAN ARANDA SANZ **Salesiano Coadjutor**

Como todas las noches se fue Don Juan Aranda a la cama después de tomar su vasito de manzanilla. Últimamente se quejaba del estómago e iba de cuando en cuando al especialista. Y a la mañana siguiente al no presentarse en la capilla para la Eucaristía, fue su hermano Isidoro a su habitación y le encontró tendido sobre la cama, sin vida, aún caliente y medio vestido. Era la fría madrugada del 8 de noviembre de 1999. La Eucaristía comunitaria que iba a comenzar la aplicamos por su eterno descanso.

Nuestro querido don Juan Aranda, insigne salesiano coadjutor se nos marchó sin avisar, sin hacer ruido, sin querer molestar, aun cuando para él la muerte no fue sorpresa pues vivía familiarizado con que no podía tardar mucho en llegar. Conservó hasta el último día plena lucidez de mente y disfrutaba de buena salud. Nunca se vio obligado a guardar cama y usaba el bastón casi de adorno. Tenía 93 años de edad, 59 de profesión, había pasado 27 años en las Misiones portuguesas y sus últimos 30 años trans-

currieron en esta casa de Mohernando.

Apenas conocido el fallecimiento fuimos a Hita a comunicárselo a su sobrina Luisa y la trajimos para rezar ante su tío ya difunto. Por la tarde una familia larga de primos y sobrinos le estuvo velando hasta avanzada la noche. Sólo no pudo asistir una hermana con 87 años que vive en Navalcarnero (Madrid).

Vinieron a rezar ante su féretro muchos amigos de Mohernando y personal auxiliar de la casa con ramos de flores. Salesianos de Guadalajara y de Madrid nos acompañaron aquella tarde. El Sr. Inspector se quedó a pasar la noche en casa.

Al día siguiente, 9 de noviembre, con sol espléndido y mañana apacible, comenzó el funeral en la Iglesia grande a las 11 de la mañana. Presidió el Sr. Inspector con el Director y Vicario de la casa. Les acompañaban otros sesenta sacerdotes concelebrantes y muchos salesianos coadjutores de la Inspectoría. Al personal salesiano se sumaron sus familiares y muchos venidos de los pueblos cercanos. La Iglesia estaba totalmente llena. El Sr. Inspector en la Homilía (muy bonita) puso de relieve su fervor religioso, su alma misionera y su devoción a la Virgen de Fátima. Las actuaciones varias de la Eucaristía corrieron a cargo del personal de la comunidad.

A las 12 horas, en dos grandes filas de concelebrantes y pueblo, acompañamos al féretro desde la Iglesia al panteón de la comunidad, que está a unos 50 metros de la casa.

Allí el Sr. Director de la casa, agradeció a todos los asistentes su acompañamiento en estos momentos de dolor salesiano y familiar y pidió una oración por el eterno descanso del querido D. Juan.

Nació D. Juan Aranda Sanz en Hita (Guadalajara), pueblo muy célebre en la Literatura Española, el 24 de junio de 1906. Tierra de cereales, viñedos y olivos, distante tan sólo de nuestra casa unos 18 km por carretera y 8 km. en línea recta.

Sus padres, Felipe y Castora, trabajadores honrados y fervientes cristianos, tuvieron 5 hijos, dos chicas y tres chicos, de los que dos se hicieron salesianos, Juan e Isidoro.

Se quedaron huérfanos de padre cuando la más pequeña tenía 3 años.

Su madre hacendosa de gran temple cristiano, carácter valiente y decidido sacó adelante a sus hijos sin mayores problemas. Y durante la guerra tuvo que defender con entereza y serenidad sus creencias religiosas.

De familia tradicionalmente religiosa, pues tuvo un tío sacerdote, párroco en Ocaña, que fue fusilado a los pocos días del comienzo de la guerra por ser sacerdote. Y además de los salesianos don Juan y don Isidoro tiene en Alcalá de Henares una nieta Carmelita Descalza.

Los años de la juventud de don Juan fueron años políticamente muy duros en España y en Hita que transcurrieron entre pasiones de convivencia y lucha de clases. Toda su familia fue siempre muy de derechas. Tanto es así que en su casa radicaba el Círculo Tradicionalista o Carlista de Hita, que lo componían 18 socios, entre ellos los dos hermanos Aranda. Y como detalle añadiré que el jefe provincial de todos los Círculos Tradicionalistas de Guadalajara era un primo del salesiano D. Mariano Arauz, José M^a Arauz de Robles con residencia en Molina de Aragón.

Formados estos dos hermanos en una vida familiar profundamente cristiana y comprometida se explica el que ambos decidiesen ingresar en una Orden Religiosa. De los dos hermanos Aranda el que antes se decidió fue el menor Isidoro a los 26 años y su hermano Juan al año siguiente a los 30.

La vocación de don Juan comenzó así: Era párroco del pueblecito de Heras de Ayuso, colindante con Hita, el año 1934, Don Manuel Rodrigo muy amigo de la Familia Aranda. Sacerdote, por cierto, que al estallar la guerra se fue a su pueblo de Carpio de Tajo (Toledo) y allí lo fusilaron apenas olieron que era sacerdote. Pues en una de las visitas que dicho párroco giró a la familia en dicho año de 1934 salió la conversación sobre la vida religiosa e Isidoro hermano de Juanito, le expuso su deseo de ingresar en una Orden Religiosa. Y el párroco de Heras le dirigió a los Salesianos de Mohernando, le presentó al director y Padre Maestro de entonces D. Ramón Goicoechea y se ultimaron las cosas de modo que en enero de 1935 comenzaba Isidoro su prenoviciado en Carabanchel y el Noviciado el 23 de julio de 1935 en Mohernando.

Su hermano Juan, tres años mayor que él, se desplazó una tarde del mes de octubre de 1935 de Hita a ver a su hermano Isidoro que estaba ya en el Noviciado de Mohernando y decidió con él hacerse también salesiano. Por cierto que al despedirse de su hermano, la mula en la que había venido se escapó como diciendo ¡quédate ahí! y Juanito tuvo que volver al pueblo tras de ella, recorriendo a pie y a campo traviesa los 8 km. que separan Hita de los Salesianos.

Preparó los papeles para comenzar también en Carabanchel los 6 meses de prenoviciado en enero de 1936 y al terminarlos, comenzó su Noviciado el 23 de julio de ese mismo año.

Vemos ya a los dos hermanos Aranda en Mohernando, el 23 de julio de 1936. Fecha histórica para la casa de Mohernando y para ambos, pues ese día Isidoro, con 27 años, terminaba su noviciado con la profesión y su hermano Juan comenzaba el suyo a los 30 años.

23 de julio 1936. Creo que no se entendería gran parte de la vida de Don Juan sin hacer referencia expresa a este 23 de julio, primer día de su Noviciado, que le dejó marcado para toda su vida, como a tantos otros jóvenes salesianos que vivieron con él los mismos acontecimientos.

Así cuenta él mismo ese primer día de su Noviciado.

“Era el 23 de julio de 1936. La Comunidad de Mohernando, compuesta de 29 novicios entrantes: -un sacerdote D. Andrés Jiménez, víctima a los 4 días de la revolución, 14 clérigos y 14 coadjutores más 15 novicios salientes, filósofos, personal de la casa y algunos trienales que habían venido a hacer sus Ejercicios, unos 90, terminaba su tanda de Ejercicios de 10 días como preparación a la profesión de unos, al comienzo del noviciado de otros y a su tanda anual de los demás.

La Tanda había comenzado el 15 de julio. Predicó las Instrucciones nuestro señor Inspector D. Felipe Alcántara y las Meditaciones D. Lucas Pelaz, de la Inspectoría de Barcelona. Fueron testigos de las profesiones D. Miguel Lasaga, director de la casa, que moriría en la masacre de la cárcel de Guadalajara y D. Lucas Pelaz, que pasó con la comunidad sus mismas vicisitudes.

A los tres días del comienzo de Ejercicios, estalló el Movimiento. Apenas nos enterábamos de nada pues ni siquiera disponíamos de un aparato de radio en buenas condiciones, por lo que nos vimos precisados a ir a la casa del Sr. Cura de Mohernando, Don Sebastián García, para enterarnos de lo que sucedía en España. También don Sebastián García moriría en la cárcel de Guadalajara. Los superiores tampoco querían alarmarnos ni desestabilizar los Ejercicios Espirituales.

Pero captábamos señales alarmantes: Los trenes ya no circulaban por Maluque, constante era el rumruno de los aviones sobre la carretera general, el pan ya no llegaba a casa, los días 21 y 22 habíamos oído los cañonazos de la toma de Guadalajara por las tropas del Gobierno, grandes humaredas de día y de noche grandes incendios de cuarteles e iglesias en la ciudad.

Como los acontecimientos siniestros se precipitaban también el Sr. Inspector D. Felipe Alcántara, que providencialmente estaba con nosotros, decidió terminar los Ejercicios un día antes o sea el día 23 en vez del día 24 y adelantar un día las Profesiones de los novicios. Todo en un clima

enrarecido y pesimista.

En efecto, a mitad de la mañana del día 23, después de la hora Sexta, tuvo lugar la función de las Profesiones y en ella emitimos los votos los 15 novicios. En el sermón de los recuerdos, al final de las profesiones, D. Felipe Alcántara, aunque hacía todo lo posible por permanecer sereno y comunicar confianza a los que estábamos pendientes de sus labios, nos dijo: No he querido alarmaros durante estos días, pero se presentan en España acontecimientos trágicos, cuyas terribles consecuencias pueden llegar hasta nosotros. Orad. Habéis acabado los Ejercicios. No os alejéis de los alrededores de la casa. Los aviones nos pueden observar. No sé nada de nuestros hermanos de Madrid. No dejéis de día el Sagrario abandonado. La comida ha de ser escasa, pues no tenemos pan ni tantas cosas. No habrá sobremesa, pues los acontecimientos no lo aconsejan.

Al salir de la iglesia apenas reinaba alegría en las felicitaciones. En la comida, que por cierto fue muy frugal, no sabíamos de qué hablar. La tradicional sobremesa se redujo a un saludo de felicitación a los que acabábamos de profesar.

Al salir del comedor nos dispersamos tristes y mohínos por la casa, reajustando por los dormitorios las camas de los novicios entrantes y salientes.

Y a eso de las cuatro de la tarde irrumpieron violentamente en la casa unos 30 milicianos, armados de pistolas, algún fusil y la mayor parte con escopetas, amenazando con las armas y ordenando a grandes voces: ¡Manos arriba y que nadie se mueva! Los clérigos y sacerdotes estaban todos de sotana. Al frente venía un hombre joven, corpulento con un casco en la cabeza y sendas pistolas en las manos y dando órdenes con gran autoridad.

Nos cachearon a todos individualmente. Después el hombre del casco con otros de su panda se dispusieron a registrar la casa, obsesionados por encontrar armas. Obligaron a ir delante de ellos al director D. Miguel Lasaga, a D. José Arce que era el Padre Maestro y al clérigo Juan Gil, que se brindó voluntario. Estos tres Salesianos iban delante abriendo puertas y cajones, sin perdonar desvanes, ni foso del teatro ni cuadras de animales. Tres horas pasaríamos de pie con los brazos en alto hasta que terminaron con el registro. Pero armas no aparecían.

El lugar en el que estuvimos las tres horas de pie con los brazos en alto viene a coincidir con el lugar que ocupa ahora el monolito de granito en el que están escritos los nombres de los caídos durante la guerra. El patio de los mártires y la iglesia eran espacios libres entre los dos torreones.

Pero ellos no quedaron contentos. Venían decididos a encontrar armas y a cargarse al Sr. Aizpuru. A él se dirigieron preguntando por las escopetas. Él entregó la que como guarda jurado poseía. Pero ellos aseguraban que tenían que aparecer otras. Él afirmaba que no tenía más. Entonces uno de los milicianos, un tal de mote Aliños, jefe de los milicianos de Yunquera, encarándose con el Sr. Aizpuru, le dijo: ¿Y dónde está la escopeta con la que me disparó desde su finca? (Sí, era cierto que a ese señor, por estar robando leña en la finca, el Sr. Aizpuru le disparó al aire para intimidarle). El Sr. Aizpuru se reafirmaba en que no tenía más pues las demás las había entregado en el cuartel de la Guardia Civil. Ellos aseguraban que tenían que aparecer otras, pues en el cuartel de la Guardia Civil no había entregado ninguna.

Aquello parecía acabar en tragedia. Entonces el Director D. Miguel Lasaga, sintiendo su responsabilidad, les acompañó con el Sr. Ildefonso Aizpuru al basurero que había cerca de la casa y escarbando aparecieron dos escopetas.

Los milicianos las llevaron en triunfo a donde estaba el grupo general, las arrojaron en medio de nosotros como un gran trofeo conquistado y no cesaban de insultarnos a todos y amenazar de muerte al Sr. Aizpuru. (Pues aún contaba el Sr. Aizpuru que todavía quedó escondida en el basurero otra escopeta que se encargó de arrojar al pozo de 30 m de hondo).

Al dar con las escopetas se fueron calmando, pidieron de beber y se les llevó al del casco y a su pandilla a lo que hacía de bodega. Bebieron agua fresca de los botijos, cogieron latas de sardinas en aceite, chorizos, botellas de vino de misa y cuanto pillaron y volvieron donde estaba el grupo general. Los ánimos se iban calmando.

Por fin se fueron con gran pesar de no haberse cargado al Sr. Aizpuru. Prometieron volver al día siguiente, cosa que no hicieron.

Una vez libres, lo primero que hicimos los que aún vestían de sotana fue ir a los dormitorios a vestirnos de paisano, para lo que ya estaban preparados.

Todos los 90 moradores de la casa de Mohernando que vivimos aquella tarde trágica quedamos traumatizados para toda nuestra vida.” Hasta aquí D. Juan Aranda.

A los dos días, el 25 de julio, Fiesta de Santiago, los milicianos del pueblo echaron de casa a todos los salesianos que fueron a esconderse entre las malezas del río Henares.

Don Juan como sus compañeros de noviciado tuvieron que interrump-

pir ese día su noviciado, que reiniciaron a los tres años, al terminar la guerra.

Pero ese día 25 de julio D. Juan se separa del grupo general e inicia su calvario personal, por su cuenta, a través de los tres años de la contienda. La razón fue que D. Felipe Alcántara le mandó ir a su pueblo de Hita a quedarse con su familia y llevarse con él a su compañero de noviciado, Gil Delgado, que padecía un fuerte ataque de apendicitis.

Apenas llegó a su casa se puso a ayudar a su madre en las labores de la recolección. Uno de esos días se fue a segar con su compañero Gil Delgado, ya repuesto. Pues a mitad de la mañana en plena siega se le presentan cinco milicianos y le dicen que queda detenido. A su compañero ni le preguntaron el nombre. Juanito era uno de los 18 hombres de Hita de la lista negra junto con su hermano Isidoro a quien no lograron localizar en toda la guerra.

De la siega lo llevaron a la cárcel de Guadalajara.

En la cárcel se encontró Juanito con un oficial que le conocía mucho y que no cesó de hacer gestiones hasta lograr la libertad de su amigo.

Vuelve una temporada a Hita con su madre. En este tiempo acaeció la muerte de todos los presos de la cárcel de Guadalajara.

Pues a los pocos días de este suceso, los milicianos que le había prendido la primera vez vuelven a llevárselo a la cárcel de Guadalajara.

Su amigo oficial se extrañó de verle de nuevo en la cárcel y tampoco paró hasta conseguir de nuevo su libertad. Pero esta vez no volvió a Hita sino que se militarizó y pasó el resto de la guerra en una compañía de Intendencia en el frente de Badajoz.

Terminada la contienda vuelve aún más decidido a seguir su vocación salesiana. Habían pasado tres años largos. Y el primero de octubre de 1939 reinicia su noviciado en Mohernando con Don José Arce, de Director y Padre Maestro y profesa por fin el 1º de octubre de 1940 a los 34 años.

Finalizado el noviciado, queda de personal en Mohernando para hacer su trienio práctico a las órdenes del Sr. Aizpuru, entregados ambos de lleno a las labores del campo y de la granja, para dar de comer bien y abundante a más de 100 bocas entre el personal joven en formación y un primer curso de Aspirantes.

Es de justicia y de agradecimiento el recordar aquí el equipo inigualable del Sr. Aizpuru, de Juanito Aranda y del santo cocinero Sr. Pachi que con tanto sacrificio y con un gran amor a las vocaciones hicieron que no se notasen en Mohernando los años del hambre de la posguerra.

Terminados los tres años de tirocinio práctico emitió aquí sus votos

perpetuos el 20 de octubre de 1943.

De esta fecha en adelante la vida de Don Juan discurre por campos nuevos e insospechados dentro de su vocación salesiana, por el mundo de las Misiones.

Así sucedieron las cosas. Su hermano Isidoro el año 1940 formaba parte de la comunidad de Carabanchel Alto, dedicado a las labores de la huerta.

Carabanchel era entonces Aspirantado de Madrid y Teologado de España y Portugal. Aquel año había cuatro estudiantes portugueses de Teología. Pues en una conversación que tuvo D. Isidoro con los estudiantes portugueses les oyó decir que su Inspector estaba muy preocupado porque el Gobierno de Portugal iba a quitar la subvención a los salesianos como Congregación Misionera porque hacía años que estaban recibiendo la ayuda del Estado y no tenían ningún salesiano en las Misiones. D. Isidoro Aranda les dijo sin pensarlo más que él estaba dispuesto a ir a las Misiones portuguesas

Ellos se lo comunicaron a su Inspector Padre Carrá que le aceptó encantado. A su vez, Isidoro le comunicó a su hermano Juan, que se hallaba en Mohernando, su determinación y Juanito le escribió a vuelta de correo diciéndole que quería ir con él.

Hechas las gestiones pertinentes ante los respectivos Inspectores y en Turín, el 12 de diciembre de 1943 parten para Portugal a prepararse para ir a misiones: Juanito es destinado a Mogofores y su hermano Isidoro a Poiars de Regua.

Año 1945. Termina la segunda guerra mundial. Este año los japoneses pensaban lanzarse a la conquista de Australia. El punto más cercano era la isla de Timor, que habían preparado para el ataque y en la que habían almacenado mucho material. Pero tuvieron que rendirse sin realizar la operación

Los japoneses abandonan Timor y Portugal vuelve a recuperar la isla. Pues el Gobernador de la isla no quiso ir a tomar posesión de su cargo sin que fuesen con él los salesianos. El padre Carrá preparó un equipo de cinco salesianos, dos sacerdotes y tres coadjutores. De los tres, uno era don Juan Aranda. Se establecieron en Dili capital de la isla. Allí el Gobierno portugués asignó a los salesianos varias hectáreas jamás cultivadas, pero de poca calidad. Juanito trabajó dos años sin demasiado éxito, por lo que fue trasladado a los dos años, en 1948, a la misión de Fuiloro, donde también les dieron a los salesianos muchas hectáreas de terreno pero de mejor calidad y con abundante agua de regadío. Juanito vio que allí se podrían

hacer maravillas y llamó a su hermano Isidoro que aún estaba en Portugal y vino con él. Juntos trabajaron codo a codo en la Misión de Fuiloro durante 17 años seguidos, transformando hectáreas y más hectáreas de secano en regadío, haciendo un bien inmenso a aquellas gentes. Aún siguen recordando con admiración y agradecimiento a los hermanos Aranda.

Mucho le gustaba contar a Juanito tantas peripecias y vicisitudes para convertir aquellas tierras estériles en extensiones llenas de huertas y maizales.

Igualmente cómo convirtieron el material de guerra en instrumentos de paz, elevando el nivel social de aquellas gentes. El y su hermano no dejaban de ponderar el hecho extraordinario que les tocó vivir. Contaban con emoción: *Llevábamos unos meses juntos en Fuiloro que está a 20 km. de la costa. Un buen día fuimos a la playa, empezamos a cavar en unos montículos que había pegando al mar y de buenas a primeras dimos con el pico en un bidón de gasolina. Siguieron trabajando días y días con el personal externo de la misión y llegan a descubrir 800 bidones de gasolina, carros de combate, vehículos de transporte y mucho material vario. Naturalmente comunicaron al Gobernador el hallazgo y a su vez el Gobernador cedió a la misión buena parte del material descubierto.*

Con ese material, más el que ya teníamos abandonado a la intemperie por los japoneses, pudimos echar a andar máquinas agrícolas, hacer funcionar grupos electrógenos, levantar los talleres, disponer de vehículos todo terreno y mil cosas más”.

Y al recordarlo gozosos los hermanos Aranda añadían el pasaje de Isaías: *“De las espadas forjarán arados, de las lanzas podaderas”*. Es lo que habían hecho ellos, convertir el material de guerra en instrumentos de paz.

La Misión llegó a tener hasta 600 muchachos internos a los que había que dar de comer. Juanito no sólo se ocupaba del campo y de los talleres, asistía en el comedor y en los dormitorios, en las prácticas de piedad con Misa diaria como entonces se hacía. Además todos los domingos iba a dar clase de catecismo a poblados distantes hasta 10 km. de la Misión.

Había pasado Juanito con su hermano 23 años en Fuiloro. Y también juntos vuelven a España el 1965.

Juanito es destinado al Bonal (Ciudad Real) al frente de la finca e Isidoro a la Procura en la Fuente el Berro.

A los dos años tanto el Inspector de Portugal como D. Alfonso Nácher insistieron ante ellos y ante el Inspector de Madrid para que se les permitiesen volver a Timor y lo consiguieron. Don Juan volvió a la Misión de

Fuilorio y su hermano a la de Futumaca. Pero al año los vemos otra vez juntos en Fuilorio.

Esta segunda estancia en las Misiones de Timor duró tan sólo un par de años. Juanito e Isidoro vuelven a España definitivamente. Juanito pasa un año en Mohernando y otro en Arévalo y en 1969 viene destinado a Mohernando donde transcurrirá, también con su hermano, sus últimos 30 años.

PERFILES DESTACADOS EN LA VIDA DE DON JUAN

Apóstol. Sólo vivió para las Misiones y para las Casas de Formación. En estos apostolados pasó toda su vida. De ellos 27 años en las Misiones portuguesas. Se dio con pasión y amor sin escatimar días ni horas. No buscó su comodidad, incansable hasta que no pudo con los años.

Amor a la familia. Muy amante de la familia. Muy unido siempre con todos los hermanos a los que escribía con frecuencia desde Timor contándoles sus andanzas. Muy cariñoso con los sobrinos con los que siempre tenía un detalle.

Hermanos inseparables: Juanito e Isidoro. Sus vidas siempre unidas ya desde el pueblo, ambos salieron de la familia con sólo un año de diferencia llevándose el uno al otro, juntos en la Misiones 27 años y juntos 30 años hasta su muerte. Juntos en los trabajos, y juntos en las prácticas piadosas no comunitarias, avisándose mutuamente cuando se celebraba alguna Eucaristía no comunitaria, rezando sus rosarios unidos, siempre conversando juntos, pues ellos bien se entendían aunque ambos estaban muy sordos. Muy compenetrados en sus ideales religiosos y políticos.

Piedad: Todos cuantos le hemos conocido podemos certificar de su piedad. Y desde que no pudo trabajar siempre le vimos con el rosario en la mano, aunque no pronunciase ni una avemaría. No lo dejaba ni de día ni de noche. Llegaba a las prácticas de piedad con mucho tiempo de antelación. Su confesión frecuente no fallaba y en otros tiempos siempre la semanal. Mucho tiempo disponible lo pasaba en la iglesia haciendo el Vía-crucis, largas visitas al sagrario. Era muy devoto de la Virgen de Fátima a la que siempre decía “Nossa Senhora” y a Don Bosco, devociones que mucho inculcó en las Misiones. Muy estricto en las normas litúrgicas. Respiraba piedad en todas las manifestaciones de su vida. Sólo tenía libros de piedad en su habitación al morir.

Alegre y optimista. Su cara siempre sonriente, siempre con bromas sin ofender. Nunca malhumorado ni descontento en sus manifestaciones. Con buen talante. Siempre querido por todos. Deseoso de hacer favores.

Sólo se enfadaba cuando veía cosas que creía ser contrarias a la

fidelidad debida a Dios, a la Iglesia o a la Congregación y a la Patria. No se le oyó quejarse con acritud de nada ni de nadie.

Un tanto “ultra”. ¿Por qué no decirlo? Por su tradición familiar, por los años tan politizados de su juventud, por la persecución religiosa y política que tuvo que soportar durante los tres años de la contienda, por su temperamento luchador, por su profetismo un tanto utópico, fue D. Juan en sus ideales religiosos y políticos un gran convencido, y defensor de ellos con entusiasmo y valentía.

Trabajador y austero. Los campos de Fuiloro lo podían decir, como lo afirman sus habitantes. Y en Mohernando lo pregonan la huerta, la viña, las colmenas, los olivos y el encinar. Ultimamente lamentando no poder hacerlo. Hombre de acción e iniciativa en sus incumbencias.

Sobrio en su porte y en su habitación. En su cuarto al morir, poca ropa y bien cuidada. Unos pocos libros con las Constituciones, todos de piedad y salesianos. Sólo un cuadro de cierto valor grande y hermoso de Santa Teresa de Jesús que le regaló su sobrina Carmelita Descalza.

Y termino con las palabras del señor Inspector don Jesús Guerra en la homilía del funeral que vienen a resumir toda su vida: “Hasta la fecha de ayer, en la que Dios le llamó a su seno, la vida de Don Juan ha quedado marcada por su profundo espíritu de oración, por la observancia fiel a sus compromisos religiosos y comunitarios, por su celo misionero, por un recio espíritu de trabajo, y una acendrada devoción a la Virgen, por el pesar de que el mundo no acogiera como él creía que debía hacerse, la llamada de la Virgen de Fátima a la conversión.”

Por mi parte también concluyo afirmando que la Congregación Salesiana puede estar orgullosa de salesianos como Don Juan Aranda Sanz. Dios le tenga en su gloria.

Tenemos que agradecer a D. Emilio Alonso de Santocildes Burgos, salesiano de esta comunidad y muy capaz y valeroso en las artes de investigar y escribir, la redacción de esta *carta mortuoria*

Atanasio Serrano García (director)

Y Comunidad Salesiana de Mohernando

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Coad. *Juan Aranda Sanz*

Nació el 24 de Junio de 1906 en Hita (Guadalajara). Murió en Mohernando (Guadalajara) el 8 de Noviembre de 1999 a los 93 años de edad y 59 de profesión.

